

**George Trakl: a 90 años de su fallecimiento**, por **Rodolfo Modern** (especial para El Jabalí) (1887-1914)

En **Unterwegs zur Sprache** sostiene Heidegger con el malabarismo conceptual que le es propio, que Trakl ha compuesto sus poemas “a partir de una sola poesía”, que cada uno de aquellos habla “ desde el conjunto de los mismos” y lo repite “cada Vez”. La afirmación alberga su dosis de verdad, y no sólo de Trakl, sino de todo gran poeta puede asegurarse algo semejante. El poema único es, en este caso, la resultante estético-vital de la personalidad total de su creador.

Pero también es cierto que a partir de ese único poema cabe la existencia de una multiplicidad de temas, formas expresivas, imágenes, conceptos, influencias, etc. Lo unitario se daría entonces de la comprensión y conformación artísticas de cada uno de estos elementos, combinados de acuerdo con la intuición estética y la emoción generadora de cada poema. Un hecho revelador es entonces examinar en que medida el fondo poético se combina, repite o modifica en los poemas que hacen esa sola poesía. En tal sentido, la breve producción trakliana se ha sólido distinguir en una primera fase impresionista, basada en parte en la influencia extranjera de Rimbaud, a quien Trakl conoció a través de una versión, no siempre irreprochable, de K. L. Ammers, y en otra más tardía que se incluye dentro del ámbito de expresionismo. Un periodo previo, cuya producción fue compilada bajo el título de **Der Goldene Kelch (el áureo cáliz)** no cuenta en realidad por la ausencia de los típicos rasgos traklianos.

Trakl maduró en un lapso sumamente reducido de su corta vida –nació el 3 de febrero de 1887- y sólo asumen la atmósfera que le es peculiar los poemas que alcanzó a ver publicados por la editorial de Kurt Wolf, en Leipzig, bajo la denominación de **Gedichte (Poemas)**, en 1913. Entre la noche del 3 al 4 de noviembre de 1914, luego de una agonía transcurrida en el hospital militar de Cracovia, donde se le sometiera a vigilancia médica por un intento de suicidio a raíz de sus insoportables sufrimientos anímicos, agotado ante el espectáculo de la batalla de Grodek, a cuyos caídos tuvo que asistir en la medida de sus ya minadas fuerzas y sus insuficientes conocimientos profesionales (Trakl se había recibido de farmacéutico), el poeta expiraba.

Poco después, en 1915, aparecían póstumamente sus últimos poemas, en una edición que preparaba también Kurt Wolf con el título de **Sebastian im Traum (Sebastián en el sueño)**. De este modo no le fue concedida la alegría de ver impresa su poesía más reciente. En 1917 Karl Rock unía ambos títulos y agregaba composiciones aparecidas en la revista “Der Brenner” dirigida por el amigo y protector de Trakl, el devoto Ludwig von Ficker.

Puede asegurarse que la perspectiva poética – y hay que agregar obligatoriamente existencia- de Trakl adquiere su carácter decisivo sólo a partir de 1912, es decir, dos años antes de su desaparición. Desde esa fecha ingresará en la categoría de los poetas “malditos”, a muchos de los cuales ama. Baudelaire, Rimbaud y Verlaine seducen su interés por el verso armonioso, y otros malditos alemanes, surgidos como el propio Trakl en la desesperación o en la amenaza de los poderes de lo nocturno (y Holderlin es aquí el caso ejemplar), dejarán asimismo su huella tanto en la estructura rítmica como en el vocabulario del ya maduro Trakl.

No obstante las soluciones de tipo sinestésico ensayadas a partir de Baudelaire y explotadas por el simbolismo, y que coinciden con los versos impresionistas del final no desgarrado, donde el dolor se manifiesta suavemente, Trakl continúa por otro camino. Es el de un poeta en el cual el martirio de vivir se asienta sobre el eje de un sentimiento de inadaptación ante la vida y el mundo, nutrido por situaciones personales de desgarrado horror. Es en este registrado viraje cuando el poeta se conduce también

como exacto sismógrafo de toda una generación europea. Por cierto que sus imágenes expresionistas no abundan, como los de sus más ilustres colegas generacionales, en la denuncia apocalíptica (el caso Heym), en el énfasis retórico (el caso Werfel), o en la perspectiva dinaminizada de la gran ciudad y sus secretos (el caso Stadler). Tampoco puede atribuírsele la actitud irónico-corrosiva de un Ehrenstein ni el brillante erotismo exótico de Else Lasker-Schüler, quien por lo demás quedó profundamente tocada, durante una corta estadía de Trakl en Berlín, por las dotes poéticas del retraído salzburgués.

En estos poemas de corte expresionista, el verso trakliano, que constituye una unidad en sí mismo, se contrapone con la técnica de la antítesis al verso siguiente o al anterior. El poema no es tampoco siempre una suma de imágenes en apariencia incoherentes, de las que toda operación lógica o conceptual se halla ausente. Expresa objetivamente, y allí radica la unidad poética, el estado de ánimo generador que, por lo común, se encuentra sintetizado en el título. Este último siempre integra, por otra parte, y de un modo obligatorio, el poema de Trakl. Se dice, por ejemplo, en “Pequeño concierto”: *“En sombras azules flota el espíritu de Dédalo, /hay un aroma a leche en el ramaje de avellanos, /mucho tiempo aún se oye el violín del maestro, / y el chillido de ratas en el patio vacío”*. Y en “Romanza a la noche”: *“La madre canturrea suavemente en sueños. /Muy apaciblemente mira la noche el niño/ con ojos plenos de sinceridad. /En el burdel sueñan risotadas”*.

De todas maneras, no sólo la visión se va ensombreciendo y las imágenes de lo feo, lo repugnante o lo corrupto aumentan en número e intensidad, como por ejemplo en “Las ratas” o los cuadros de “En la aldea”, sino que puede advertirse como la armonía perdida, pero existente aún en la nostalgia de la etapa impresionista, es sustituida por una visión en un mundo hecho fragmentos, de pedazos rotos, y que responde a su propio e insuperable sentimiento de pérdida de la unidad del ser que, por lo demás se testimonia en la belleza. Hombre y mundo se hallan ahora desconectados sin remedio entre sí, pero también las cosas de este mundo y las piezas que componen el delicado mecanismo receptivo del poeta han saltado de un modo categórico. No hay ya nostalgia, ni confesión siquiera ante una preciosa ausencia, sino la muestra de un dolor desesperado por el aislamiento, la maldición de la soledad y la absoluta imposibilidad de la comunicación.

Los poemas más hondos de Trakl superan, en rigor, la temática o el lenguaje típicos del expresionismo, pero en muchos de los adscriptos a esta corriente se incluyen las preocupaciones del poeta, los tormentos de su vida personal, de los que el más agudo es, sin lugar a dudas, sus relaciones con la hermana Margarete. Así, poco antes de morir manifiesta en una conversación: *“No tengo derecho a sustraerme al infierno”*. Y en 1913 escribe en una carta: *“Es una desgracia tan indescriptible cuando a uno se le quiebra el mundo”*. Y la respuesta poética se da en “ese caos infernal de ritmos e imágenes”-con palabras textuales de Trakl a uno de sus amigos, Eberhard Buschbeck-, caos que lo abruma y del que se desprende en parte en virtud de la subsiguiente conformación artística del mismo.

Mucho se ha especulado en estos sentidos acerca de la ascendencia protestante de Trakl, crecido en un medio tradicionalmente católico. Podría resonar quizás en él un lejano eco agustino, pero su actitud puede atribuirse mejor a sus propias experiencias personales que, dentro de esta línea, lo emparentan con el mundo de Kafka. La grieta con respecto al mundo y el abismo que experimenta su ser son, en gran medida, consecuencia de una culpa, tan reconocida como lamentada. Los testimonios son en este sentido copiosos y se estampan en sus poemas más profundos. En el final de “Alma otoñal” expresa: *“Dios, en tus benignas manos/ deja el hombre su final oscuro, / toda la*

*culpa y el rojo sufrimiento*". En "Anif" puede calmar: "*Grande es la culpa del nacido*". Es que el nacimiento apareja dolor, mientras en "El paseo" las criaturas del Dios", en oposición a las humanas, están "libres de culpa".

Este sufrimiento ante la condición humana, que Trakl canaliza en una irreprimible compasión, es otro de los entrelazamientos dentro de la ceñida trama poética trakliana. A ello cabe agregar su preocupación por el destino humano en términos de historia universal, su contacto importante, pero algo tangencial, con el cristianismo, y el amor culpable hacia la hermana. El dolor de vivir, por ejemplo, se transparenta en la salvaje queja del hermano de "Mönchsberg", en la de las madres y guerreros en "Grodek", su último poema o en los versos de "Ocaso": "*Bajo arcos de espinas, / oh, hermano mío, ascendemos penosamente como ciegas manecillas hacia la medianoche*".

Trakl vivía, en cierto modo apartado y era, según testimonios de quienes lo conocieron bien, hombre tranquilo y sencillo de apariencia. Pero el mundo, esa "hermosa comunidad de los hombres" a que alude en el poema en prosa "Sueño y locura", le hacía sufrir hasta el agotamiento. Su visión de la historia universal se remontaba a una humanidad que comienza en el "Salmo" con una bella antigüedad, plena de la armonía y la inocencia del origen, y concluía con un presente amargo, ese presente que encajaba en su lúgubre visión de un Occidente en el ocaso y condenado a la aniquilación, ello entiéndase bien, sin interferencias políticas o sociales, totalmente ajenas a la poesía de Trakl. Esta actualidad en la que el hombre está hundido y condenado se exterioriza en las invectivas que le despierta la ciudad, sobre todo la gran ciudad que conocía a través de Viena y Berlín y que le disgustaba hondamente. Allí, en la cresta de la civilización, se sentía Trakl más perdido y abandonado que nunca. En enero de 1913, por ejemplo, había obtenido un cargo burocrático en un ministerio de Viena. Duró allí unas pocas horas. Luego, amargado por su fracaso, se refugiaba en el Tirol, donde Ludwig von Ficker tenía una habitación dispuesta para el difícil amigo.

La misión poética de Trakl era algo superior al placer estético de componer un hermoso poema en hermosos sonidos y ritmos. Era un grito necesario que esta vez había hallado la desembocadura espiritual a través de un gran artista. Por ello, cada poema de Trakl nos sorprende como un desgarrón irreparable salido de los más sagrado de sí mismo, justamente el contrario del poeta de circunstancias. Porque para Trakl es la salvación lo que está en juego, y siente en los hechos de su vida y en la vida en torno que el resultado está escrito de antemano y debe leerse: condenación.

De una atenta lectura de los poemas –Trakl emplea un repertorio de imágenes más bien reducido– se revela un poeta de elocución no transparente, pero tampoco incomprensible. Su hermetismo no es capricho ni tampoco deseo de exclusión. Los colores, los campesinos, los árboles, las campanas, muros, ángeles o animales están allí como cifras de un estado de ánimo, y el estado de ánimo no es un objeto permanente. Su equilibrio es precario, y en este terreno nadie puede hablar de una identidad constante, mucho menos un ser tan sensible como lo fue Trakl.

Pero, con o sin estatismo de imagen, son o sin significación exacta de colores o sustantivos, hay que señalar que Trakl nos introduce en el corazón mismo de la poesía, no en la fórmula numérica de la ciencia. Trakl no es un pensador, un metafísico, un interprete de lo religioso. Mucho menos un artificioso acumulador de palabras. Es poeta grande y poeta cabal, un conocedor de su oficio que logra la belleza expresiva para la conmoción del ser total del lector. En su obra se consuma el gesto perfecto de un arte como consecuencia de la llama poderosa de una angustia que lo ha devorado. Por ello no rechazaría el uso de la forma tradicional del verso ni de la rima, ni el ritmo solemne de Hölderlin, ni el verso libre. Todo será lícito y permisible, aunque los versos se

amparen bajo el canon supremo de una belleza incomparable y de las alas que elevan hacia el canto trascendente.

### **Poemas de George Trakl. Traducción de Rodolfo Modern**

#### De profundis

Hay un campo de rastrojos donde una negra lluvia cae.  
Hay un árbol pardusco que se yergue solitario.  
Hay un viento susurrante que abraza las chozas vacías.  
Que triste este atardecer.

De paso por el caserío,  
recoge aún la dulce huérfana escasas espigas.  
Sus ojos pacen redondos y dorados en el crepúsculo,  
y su seno aguarda al prometido celestial.

Al regreso  
hallaron los pastores el dulce cuerpo  
descompuesto en el zarzal.

Una sombra soy lejos de lúgubres aldeas.  
El silencio de Dios.  
bebí en el manantial del bosquecillo.

Mi frente pisó un frío metal.  
Arañas buscan mi corazón.  
Hay una luz, que se extinguió en mi boca.

De noche me hallé en un páramo  
lleno de inmundicias y polvo de las estrellas.  
Entre los avellanos  
Sonaban de nuevo ángeles de cristal.

#### Infancia

Colmada de frutos de saucos, tranquila moraba la infancia  
en una cavidad azul. Sobre un sendero desaparecido,  
donde ahora silba pardusca la hierba silvestre,  
medita el quieto ramaje; el murmullo de las hojas.

es semejante a cuando suena en las rocas el agua azul.  
dulce es la queja del mirlo. Un pastor  
sigue mudo al sol, que rueda desde la colina otoñal.

Un instante azul es sólo más fuerza del alma.  
En el lindo bosque se muestra un temeroso venado,  
y apaciblemente  
descansan en el fondo de las viejas campanas y los

pueblos sombríos.

Más piadosamente conocés el sentido de los años  
oscuros,  
frescura y otoño en aposentos solitarios,  
y en el azul sagrado siguen sonando pasos luminosos.

Levemente cruje una ventana abierta. A llanto  
mueve la vista del ruinoso cementerio en la colina,  
recuerdo de leyendas narradas: pero a veces se ilumina  
el alma  
cuando piensa en seres felices, los días primaverales de  
oro oscuro.

### Transmutación de lo malo

Otoño: negro caminar por el linde del bosque; minutos  
de muda confusión; escucha con atención la frente del  
leproso bajo el árbol desnudo. Atardecer ha mucho  
transcurrido, que ahora desciende por las gradas del musgo;  
noviembre. Una campana toca y el pasto  
conduce una tropa de caballeros negros y alazanes a la  
aldea. Bajo el avellanar el verde cazador destripa a un venado.  
Sus manos humean con sangre y la sombra del  
animal gime en el follaje sobre los ojos del hombre, parda y  
silenciosa; en el bosque. Cornejas, que se dispersan; tres.  
Su vuelo semeja una sonata, llena de acordes  
desvanecientes y de viril tristeza; suave se disuelve una  
áurea nube. Junto al molino muchachos encienden un fuego.  
La llama es hermana del más pálido, que ríe  
sepultado bajo su cabello purpúreo; o bien es un sitio para  
el asesinato, al que un sendero pedregoso lleva. Las bayas  
han desaparecido, y años seguido sueña en un aire  
plomizo bajo los pinos; miedo, verde oscuridad, el  
gorgoteo de un ahogado: del estanque estrellado un  
pescador extrae un gran pez negro, la cabeza llena  
de crueldad y locura. Las voces del junco, hombres riñendo  
a sus espaldas, balanceándose aquél en roja barca sobre  
las aguas heladas del otoño, viviendo en las oscuras  
leyendas de su stirpe, y se petrifican los ojos abiertos a  
las noches y a los terrores virginales. Mal

¿Qué te obliga a permanecer inmóvil sobre la escalera  
ruinosa, en la casa de tus mayores? Plomiza negrura,  
¿Qué sostienes con mano plateada ante los ojos, y por qué  
los párpados caen como ebrios por la amapola? Pero a  
través del muro de piedra contemplas el cielo estrellado,  
la Vía Láctea, a Saturno: rojo. Furiosamente golpea  
contra el muro de piedra el árbol desnudo. Tú, sobre  
peldaños ruinosos: árbol, astro piedra. Tú, un animal  
azul que tiritita en silencio; tú, el pálido sacerdote que lo

sacrificas en el negro altar. Oh, tu risa en la tiniebla,  
triste y maligna, que hace palidecer a un niño dormido.  
Una roja llama brotó de su mano y una mariposa  
nocturna se quemó en ella. Oh, la flauta de la luz; oh, la  
flauta de la muerte. ¿Qué te obligó a permanecer inmóvil  
sobre la escalera ruinoso en la casa de tus mayores? Abajo  
en el portal un ángel golpea con dedos cristalinos.

Oh, el infierno del sueño; oscura callejuela, pardo  
jardincillo. Suave tañe en el atardecer azul la efigie de los  
muertos. Verdes florecillas se enlazan a su alrededor y su  
rostro lo han abandonado. O bien se inclina pálido sobre la  
fría frente del asesino en la oscuridad del zaguán.  
Adoración, llama purpúrea de la voluptuosidad,  
agonizando se precipitó el durmiente por negros peldaños  
en la tiniebla.

Alguien te abandonó en la encrucijada y miras  
largamente atrás. Pasos argénteos a la sombra de  
pequeños manzanos raquícos. Purpúreo brilla el fruto  
en negro ramaje y en la hierba muda la serpiente su piel.  
¡Oh, lo oscuro!, el sudor que corre por la helada frente y  
los tristes sueños dentro del vino, en la taberna de la  
aldea bajo las vigas ennegrecidas por el humo. Tú, tierra  
aún desierta, rosadas islas surgen encantadas de las  
pálidas nubes de tabaco, y desde el interior recoge el grito  
salvaje de un grifo, cuando caza entre negros acantilados  
en el mar, la tormenta y el hielo. Tú, un metal verde, y  
dentro un rostro ardiente que quiere desaparecer y  
cantar los tiempos tenebrosos de la ósea colina y la caída  
llameante de un ángel. ¡Oh, desesperación, que con grito  
sordo cae de rodillas!

Un muerto te visita. Del corazón fluye la sangre  
derramada por uno mismo y en la oscura ceja anida un  
instante inexpresable; oscuro encuentro. Tu, una luna  
purpúrea, cuando aquel aparece en la verde sombra del  
olivo. A esto sigue noche imperecedera.

### A los que han enmudecido

Oh, la locura de la gran ciudad, cuando al atardecer  
junto al negro muro miran absortos árboles raquícos  
tras máscara plateada asoma el espíritu del mal;  
la luz expulsa con látigo magnético a la noche  
petrificada.

Oh, el sumergido doblar de las campanas al crepúsculo

Ramera, que en helado aguacero da a luz una  
Criatura muerta.

Furiosa azota la cólera del Dios la frente del poseído  
peste purpúrea, hambre que destroza unos ojos verdes.

Oh, la risa terrible del oro.  
Pero silenciosa se desangra en oscura caverna una  
humanidad muda,  
y forja con duros metales la cabeza redentora.

### Canción de Occidente

Oh, vuelo nocturno del alma;  
como pastores fuimos otrora hacia bosques  
crepusculares,  
y nos seguían el rojo venado, la verde flor y el  
manantial balbuciente  
con humildad. Oh, la melodía antiquísima del grillo,  
sangre floreciendo en el altar de los sacrificios,  
y el grito del ave solitaria sobre la verde calma del  
estanque.

Oh, cruzadas y ardientes martirios  
de la carne, caída de frutos purpúreos  
en el jardín crepuscular, por donde en otros  
tiempos pasaron los piadosos discípulos,  
guerreros ahora, despertando de heridas y sueños  
estrellados.  
Oh, el dulce manojito de ancianos por la noche.

Oh edades de silencio y áureos otoños,  
cuando nosotros, monjes apacibles, prensábamos la uva  
purpúrea;  
y en torno brillaban colina y bosque.

Oh, cacerías y castillos; quietud del atardecer  
cuando el hombre meditaba en su aposento acerca de lo  
justo  
o con muda oración combatía por la cabeza viviente de Dios

Oh la amarga hora del ocaso,  
cuando contemplamos un rostro pétreo en negras  
aguas.  
Pero resplandecientes abren sus párpados argénteos  
los amantes:  
una estirpe. Incienso mana desde almohadones,  
rosados,  
y el dulce canto de los resucitados.

### Sueño y locura

Al atardecer el padre se convirtió en anciano; en  
cuartos oscuros se petrificó el rostro de la madre, y sobre  
el muchacho pesó la maldición de la estirpe degenerada.  
A veces recordaba su infancia, colmada de enfermedad,

espanto y tinieblas, juegos secretos en el jardín estrellado,  
cuando alimentaba a las ratas en el patio crepuscular.  
Del espejo azul surgió la delgada figura de la hermana  
y se precipitó como muerto en la oscuridad. De noche  
se abrió su boca como un fruto rojo, y las estrellas  
brillaron sobre su muda aflicción. Sus sueños llenaron la  
vieja casa de los mayores. Al anochecer se dirigía gustoso  
al cementerio en ruinas o visitaba en bóvedas en pe-  
numbra los cadáveres, las verdes manchas de putre-  
facción sobre sus hermosas manos. A la puerta del con-  
vento pidió un trozo de pan; la sombra de un caballo negro  
surgió de la oscuridad y lo asustó. Cuando yacía en su  
fresco lecho le brotaron lágrimas indescriptibles. Pero  
nadie había que hubiera posado la mano sobre su frente.  
Cuando el otoño llegó se encaminó él, un vidente, a la  
parda pradera. Oh, las horas de arrebatado éxtasis, los  
atardeceres junto al verde río, las cacerías. Oh, el alma,  
que suavemente cantaba la canción del junco amarillento;  
devoción ardiente. Larga y silenciosamente miró en los ojos  
estrellados de los sapos, palpó con manos horrorizadas  
la frescura de la vieja piedra, y discurrió sobre la venerable  
leyenda del manantial azul. Oh, los peces plateados y los frutos  
que caían de árboles raquíticos. La armonía de sus pasos le  
infundió orgullo y desprecio por los humanos. De regreso  
al hogar halló un castillo deshabitado. Dioses en ruinas se  
erguían en el jardín, afligiéndose en el atardecer. A él empero  
le pareció: aquí he vivido en años olvidados. Un coral de  
órgano lo llenó con el terror de Dios. Pero en una oscura  
caverna transcurrían sus días, mentía y robaba y se ocultaba,  
un lobo ardiente, del blanco rostro de la madre. Oh, la hora en  
que con boca petrificada se desplomó en el jardín de estrellas,  
cuando la sombra del asesino cayó sobre él. Con frente purpúrea  
se dirigió al pantano y la cólera de Dios azotó sus metálicos  
hombros; oh, los abedules en la tormenta, el animal oscuro que  
evitaba su senda tenebrosa. Odio ardió en su corazón,  
voluptuosidad, cuando en el reverdecido jardín de verano atentó  
contra el callado niño, en cuyo resplandeciente rostro reconoció  
el suyo trastornado. Ay, al atardecer en la ventana, cuando entre  
las flores purpúreas surgió un esqueleto ceniciento, la muerte.  
Oh torres y campanas; y las sombras de la noche cayeron  
pétreas sobre él.

Nadie lo amaba. Su cabeza ardía de mentira y lascivia en  
cuartos penumbrados. El crujido azul de un vestido femenino  
lo inmovilizó como una columna, y en la puerta se irguió la  
efigie nocturna de su madre. Sobre sus cabezas se alzó la sombra  
del mal. Oh, noches y estrellas. Al anochecer se dirigió contra el  
lisiado a la montaña. Sobre la helada cima yacía el brillo  
sonrosado del crepúsculo y su corazón latió silenciosamente en la  
penumbra. Pesadamente cayeron los tempestuosos abetos sobre  
ellos, y el rojo cazador salió del bosque. Como ya era de noche, su

corazón se quebró cristalino y la tiniebla golpeó su frente. Bajo encinas desnudas estranguló con manos heladas a un gato salvaje. Lamentándose, apareció a su diestra la blanca efigie de un ángel, y en la oscuridad creció la sombra del lisiado. Él, empero, tomó una piedra y la arrojó contra aquél. De modo que huyó gritando, y gimiendo se desvaneció en la sombra del árbol el dulce rostro del ángel. Largo tiempo yació sobre el campo pedregoso y miró asombrado la áurea tienda de las estrellas. Ahuyentado por murciélagos, se precipitó en la oscuridad. Sin aliento entró en la casa en ruinas, bebió en el patio, como un animal salvaje, de las aguas azules de la fuente, hasta que se sintió que se helaba. Delirando, se sentó en la congelada escalera, furioso contra Dios porque fuera a morir. Oh, el semblante gris del espanto, cuando alzó los ojos redondos muy abiertos hacia la garganta abierta de una paloma. Corriendo rápidamente por extrañas escaleras, encontró a una muchacha judía y la retuvo por el negro pelo y la besó en la boca. Algo hostil lo persiguió a través de lóbregas calles y un rechinar de hierro desgarró su oído. A lo largo de muros otoñales seguía él, un sacristán, silenciosamente al callado sacerdote bajo; árboles marchitos aspiraba embriagado el escarlata de aquellas venerables vestiduras. Oh, el disco declinante del sol. Dulces torturas laceraban su carne. En una casa desolada se le apareció, tiesa de inmundicias, su imagen ensangrentada. Más hondamente amaba las obras sublimes de la piedra; la torre que con muecas infernales asalta de noche el azul cielo estrellado; la fresca tumba que custodia el apasionado corazón del hombre. Ay de la culpa indescriptible que aquello revela. Pero cuando iba meditando lo ardiente, según el curso del río otoñal, bajo árboles desnudos, se le apareció en peludo manto un demonio llameante, la hermana. Al despertar se apagaron las estrellas sobre sus cabezas. Oh, estirpe maldita. Cuando en anchados aposentos cada uno de los destinos se ha consumado, entra la muerte con paso corrompido en la casa. Oh, si afuera reinara la primavera y en el árbol florecido cantara un dulce pájaro. Pero ceniciento se marchita el escaso verdor en las ventanas de los seres nocturnos, y los corazones sangrantes traman aún algo malo. Oh, las sendas crepusculares de primavera del pensativo. Con justicia lo regocijan el seto florido, la nueva semilla del campesino y el ave canora, dulce criatura de Dios; la campana del atardecer y la hermosa comunidad de los hombres. Que pudiera olvidar su destino y el erizado aguijón. Libre reverdece el arroyo, por donde pasa su plateado pie y un aquél. Entonces levanta con mano enjuta la serpiente, y en lagrimas ardientes se derritió su corazón. Sublime el silencio del bosque, la oscuridad verdecida y las alimañas musgosas que alzan vuelo cuando la noche llega. Oh, el horror, cuando cada uno conociendo su culpa, transita por espinoso sendero. Así halló en las zarzas la figura blanca del niño, sangrando en busca del manto de su novio. Él, empero sepultado bajo se pelo de acero, permanecía mudo y sufriendo delante de ella. Oh, los ángeles radiantes, que el viento purpúreo de la noche dispersó. Pasó toda la noche en una

gruta de cristal, y la lepra creció plateada sobre su frente. Como una sombra descendió por el camino de herradura bajo los astros otoñales. Caía nieve, y una tiniebla azul llenó la casa. Como de un ciego sonó la dura voz del padre y conjuró el espanto. Ay, la aparición agobiada de las mujeres. Bajo rígidas manos degeneración fruto y enseres de la estirpe aterrada. Un lobo destrozó al primogénito y las hermanas huyeron a oscuros jardines hacia ancianos huesudos. Como un vidente enajenado cantaba aquel junto a muros ruinosos y el viento de Dios devoró su voz. Oh, la voluptuosidad de la muerte. Oh, criaturas de una oscura estirpe. Argénteas relucen las flores malignas de la sangre en las sienas de aquél, la fría luna en sus ojos quebrados. Ay, de los nocturnos: ay, de los malditos.

Honda es la somnolencia en venenos oscuros, llena de estrellas y del blanco rostro de la madre, petrificado. Amarga es la muerte, el alimento de los cargados de culpa; en el ramaje moreno de la estirpe burlonamente se quebraron los rostros de barro. Pero en voz baja cantó aquel a la verde sombra del saúco, cuando despertó de sus malos sueños; un dulce compañero de juego se le acercó, un ángel rosado, y él como una mansa bestia, se durmió en la noche; y vio el semblante estrellado de la pureza. Áureos se inclinaron los mirasoles sobre la cerca del jardín, pues era verano. Oh, el celo de las abejas y la verde hoja del nogal; las tormentas que pasaban. Argéntea florecía también la amapola, en verde cápsula contenía nuestros sueños de estrellas. Oh, que tranquila estaba la casa, cuando el padre penetraba en lo oscuro. Purpúreo maduraba el fruto en el árbol, y en el jardinero movía las ásperas manos; oh, los signos capilares del sol resplandeciente. Pero silenciosa entró al atardecer la sombra del muerto en el círculo afligido de los suyos y su paso sonaba cristalino sobre el verdeante prado ante el bosque. Silenciosos se congregaron aquellos a la mesa; moribundos partieron el pan, que sangraba, con manos de cera. Dolor de los petrificados ojos de la hermana, cuando durante la comida su locura se posó sobre la nocturna frente del hermano, mientras el pan se convertía en piedra entre las manos dolientes de la madre. Oh, los corrompidos, cuando negaron el infierno con plateadas lenguas. Entonces se apagaron las lámparas en el fresco aposento, y desde mascaros purpúreas se miraron callados los hombres dolientes. Durante toda la noche murmuró la lluvia y refresco la campiña. En espinoso desierto seguía el sombrío por el sendero amarillento en el grano, la canción de la alondra y el dulce silencio del verde ramaje, para encontrar la paz. Oh, villorrios y grandes musgosas, ardiente espectáculo. Pero óseos vacilaron los pasos sobre serpientes dormidas en el linde del bosque, y el oído sigue continuamente el furioso grito del buitre. Un páramo pedregoso halló el atardecer, el sequito de un muerto en la oscura casa del padre. Una nube purpúrea envolvió su cabeza, de modo que en silencio se desplomó sobre su propia sangre e imagen, un rostro lunar; pétreo cayó en el vacío, cuando en el quebrado espejo

de un moribundo adolescente, la hermana apareció. La noche devoró a la maldita estirpe.

### Año

Oscura calma de la infancia. Bajo fresnos reverdecidos apacenta la suavidad de la mirada azul; áurea quietud. Algo oscuro se extasía en el perfume de violetas; espigas que se balancean al atardecer, soles y las áureas sombras de la tristeza. Labra vigas el carpintero; en el valle crepuscular muele el molino; entre el follaje del avellano una boca purpúrea se curva, rojamente se inclina lo masculino sobre aguas calladas. Silencioso es el otoño, el espíritu del bosque; áurea nube sigue el solitario, la negra sombra del nieto. Atardecer en el cuarto de piedra; bajo viejos cipreses formaron una fuente las imágenes nocturnas del llanto. Áureo ojo del comienzo, oscura paciencia del fin.

### Canción del solitario

*A Karl Borromaus Heinrich\**

Pleno de armonías es el vuelo de las aves. Los verdes bosques. se han reunido al atardecer en cabañas silenciosas; las praderas cristalinas del ciervo. Lo oscuro atenúa el murmullo del arroyo, las húmedas sombras

y las flores del estío, que suenan bellas al viento. Ya anochece sobre la frente del hombre pensativo.

Y alumbra una lamparilla, lo bueno, en su corazón, y la paz de la cena; porque benditos son pan y vino por las manos de Dios, y te contempla desde ojos nocturnos silencioso el hermano, que pueda descansar del peregrinaje espinoso. Oh, vivir en el azul animado de la noche.

Amoroso abraza también el silencio en el cuarto las sombras de los antepasados, los tormentos purpúreos, queja de una magna estirpe, que piadosamente se extingue ahora en el nieto solitario. Porque siempre más resplandeciente despierta de los negros minutos de la locura

el paciente en el umbral de piedra;  
y lo abrazan poderosamente la frescura azul y el luminoso fin del otoño,

la casa silenciosa y las leyendas del bosque,  
medida y norma y las sendas lunares de los solitarios.

### El sueño

¡Os maldigo, oscuros venenos,  
blanco sueño!  
Este jardín tan extraño  
de árboles crepusculares  
llenos de serpientes, mariposas nocturnas,  
arañas, murciélagos.  
¡Forastero! Tu sombra perdida  
en el crepúsculo,  
un corsario sombrío  
en el salino mar de la tristeza.  
Revolotean blancos pájaros al borde de la noche  
sobre ciudades de acero  
que se desploman

### Revelación y caída

Extraños son los nocturnos senderos del hombre. Cuando deambulaba de noche junto a pétreos aposentos y ardía en cada uno de ellos una quieta lucecilla, un candelabro de cobre, y cuando caí helado en el lecho, se encontraba de nuevo a mi cabecera la negra sombra de la forastera y en silencio hundí el rostro en las lentas manos. También en la ventana había florecido azul el jacinto y sobre los labios purpúreos del que respiraba se posó la vieja oración, cayeron de los párpados lágrimas cristalinas, vertidas por el amargo mundo. En esta hora a la muerte de mi padre, era yo el hijo blanco. Con chubascos azules vino de la colina el viento nocturno, la oscura queja de la madre, muriendo de nuevo y vi el negro infierno en mi corazón; minutos de brillante calma. En silencio surgió de un muro calizo un rostro inefable- un adolescente moribundo- la belleza de una estirpe que regresa al hogar. Blanca como la luna, el frescor de la piedra envolvió la vigilante sien, fueron extinguiéndose los pasos de las sobras sobre los peldaños ruinosos, una sonrosada ronda en el jardincillo.

Me hallaba silencioso en una taberna abandonada bajo las ahumadas vigas y solitario junto al vino, un cadáver resplandeciente inclinado sobre algo oscuro, y yacía un cordero muerto a mis pies. Desde un corrompido azul surgió la pálida efigie de la hermana y habló así su boca sangrante: hiere, negra espina. Ay aún suenan en mí los brazos argénteos de salvajes tempestades. Fluya la sangre de los pies lunares, que florecen sobre sendas nocturnas, mientras la rata chillando se desliza rápidamente sobre ellas. Centellead, estrellas, bajo mis cejas arqueadas;

mientras voltea leve el corazón en la noche. Irrumpió una roja sombra con llameante espada en la casa, huyó con nívea frente. Oh muerte amarga.

Y habló una voz tenebrosa desde mí mismo: a mi caballo negro rompí la nuca en el bosque nocturno, cuando la locura brotó de sus ojos purpúreos; las sombras de los olmos cayeron sobre mí, la risa azul del manantial y la negra frescura de la noche, mientras yo, un cazador desenfrenado, perseguía una presa de nieve; en pétreo infierno se abismó mi rostro.

Y brillando cayó una gota de sangre en el vino del solitario; y cuando bebí de él, tenía un gusto mas amargo que la amapola; y una nube negruzca envolvía mi cabeza, las lagrimas cristalinas de ángeles condenados; y silenciosamente manaba de la herida plateada de la hermana la sangre y cayó una ardiente lluvia sobre mí.

Caminaré al borde del bosque, un silencioso, a quien el velludo sol de le cayó desde manos enmudecidas; un extraño en la colina de la tarde llorando que alza los párpados sobre la ciudad de piedra; un venado, inmóvil en la paz del viejo sauco; oh, sin descanso escucha la cabeza que las sombras invaden, o bien siguen los pasos vacilantes de la nube azul en la colina, también graves estrellas. A un lado la silenciosa compañía de los verdes sembrados, tímido los escolta el ciervo sobre los senderos musgosos del bosque. Han enmudecido las chozas de los aldeanos y atemoriza en la negra clama del viento la queja azul del torrente.

Pero cuando bajaba el rocoso sendero, me acometió la locura y grité fuerte en la noche; y cuando dedos argénteos me incliné sobre las calladas aguas, ví que mi rostro me había abandonado. Y la blanca voz me dijo ¡mátate! Gimiendo se irguió dentro de mí la sombra de un niño y me miró radiante desde sus ojos cristalinos, de modo que me desplomé llorando debajo de los árboles, de la majestuosa bóveda estrellada.

Peregrinaje sin sosiego a través de las rocas salvajes lejos del caserío del atardecer, de los rebaños que regresan; a lo lejos apacenta el sol poniente sobre un prado cristalino y conmueve su canto salvaje, el grito solitario del ave, agonizando en una calma azul. Pero silenciosamente llegas en la noche, mientras yo yacía vigilante en la colina, o bien bramando delirante en la tormenta de primavera; y cada vez mas negro envuelve el desconsuelo la cabeza solitaria, atroces relámpagos asustan al alma nocturna, tus manos destrozan mi pecho jadeante.

Cuando marché por el jardín crepuscular, y la negra efigie del mal se hubo apartado de mí, me abrazó la calma de los jacintos en la noche: y navegue en arqueada barca sobre el estanque tranquilo, y dulce paz rozó mi frente de piedra. Mudo yacía bajo la vieja pradera y estaba alto el cielo azul sobre mi cuajado de estrellas: y como me aniquilé en su contemplación, murieron la angustia y el dolor más hondo dentro de mí; y se alzó radiante la sombra azul del muchacho en la oscuridad, un suave canto; se elevó sobre alas de luna, por encima de las copas florecidas, de arrecifes cristalinos, el rostro de la hermana.

Con suelas plateadas bajé los espinosos peldaños y penetré en el aposento encalado. Silenciosamente ardía allí una palmatoria y mudo oculté entre lienzos purpúreos la cabeza; y arrojó la tierra un infantil cadáver, una imagen lunar, que lentamente salió de mi sombra, con brazos quebrantados cayó a causa de pétrea caída, como coposa nieve.

### Queja

Sueño y muerte, las águilas aciagas  
graznan toda la noche sobre esta cabeza:  
la áurea imagen del hombre  
englutida por la onda helada  
de la eternidad. Contra espantosos riscos  
se quiebra el cuerpo purpúreo  
y se queja la oscura voz  
sobre el mar.  
Hermana del tempestuoso desconsuelo,  
mira una temerosa barca que se hunde  
bajo las estrellas,  
en el silencioso rostro de la noche.

### **Trakl, muerte y poesía por Ricardo Silva-Santisteban**

En Grodek, ciudad de la Galicia Oriental (Polonia), se libró una batalla en los comienzos de la primera guerra mundial a la que Trakl asistiría como miembro de los servicios de sanidad del ejército austriaco. Trakl se había graduado como farmacéutico a mediados de 1910. Luego de la retirada de la batalla de Grodek, Trakl tuvo que atender casi un centenar de heridos graves sin contar con los recursos médicos necesarios. Apesadumbrado por el sufrimiento de los combatientes y a consecuencia de un frustrado intento de suicidio con pistola, que sus compañeros lograron impedir, se le trasladó al hospital militar de Cracovia desde donde escribe, a comienzos de octubre del mismo año a su amigo Ludwig Von Ficker: “Me encuentro aquí desde hace cinco días para observación de mi estado mental. Mi salud está un poco quebrantada y caigo, a menudo, en una tristeza indecible. Espero que estos días de abatimiento pasen pronto” (1). En esas condiciones, el suceso de la batalla motivó la escritura de uno de sus poemas más característicos en que se condensan sus obsesiones, peculiaridades estilísticas y simbolismo. El texto, que ofrecemos en versión nuestra, es el siguiente:

### Grodek

Al anochecer resuenan con mortíferas armas  
los bosques otoñales y las áureas llanuras  
y los lagos azules por donde  
un sol siniestro rueda: la noche envuelve  
a los guerreros moribundos, el horrible lamento  
de sus bocas destrozadas.  
Pero silentes se congregan en la pradera  
la roja nube donde habita un dios colérico,  
la sangre derramada, el frío lunar;  
todos los caminos desembocan en negra podredumbre  
bajo el áureo ramaje de la noche y las estrellas  
deambula por la floresta silenciosa la sombra de la hermana  
para saludar las almas de los héroes, sus sangrantes cabezas  
y quedo suenan entre los juncos las flautas sombrías del otoño  
¡Oh, altiva congoja! ¡Oh, altares de bronce!  
hoy alimenta la ardiente llama del espíritu un dolor infinito

los nietos no nacidos. (2)

Si las alusiones a la batalla son manifiestas, así como el sufrimiento y destrozo de los combatientes, hay algunos aspectos que no dejan de llamar la atención; las visiones que persiguen a Trakl a través de todos sus poemas han motivado el siguiente comentario de Martín Heidegger a propósito del poeta:

Todo gran poeta poetiza a partir de una única poesía.  
Su grandeza se mide por el grado de fidelidad a ella.  
La poesía del poeta queda inexpressada. Ninguna de sus  
Poesías, ni siquiera la totalidad de ellas, lo dice todo.  
Y, sin embargo, cada poema habla desde la plenitud de  
una única poesía, y es a esta a que siempre expresa. (3)

Si bien Heidegger exagera, en parte no deja de tener razón pues en los poemas de Trakl se reiteran sin solución de continuidad un buen número de vocablos como atardecer, noche otoño, hermana, etc. Los colores se repiten de una manera obsesiva y tienen claras caracterizaciones simbólicas. Con relación a *Grodek*, mencionaremos sólo tres elementos fundamentales que se divierten a lo largo de la obra de Trakl: la corrupción de la materia, la presencia de la hermana y los seres no nacidos.

“*Grodek*” es un poema dedicado a la muerte y a la corrupción que sufre la naturaleza a consecuencia de los actos del hombre; la hora del anochecer (recordemos, sin embargo, que *abend* no tiene una traducción precisa en español pues también puede significar tarde o atardecer, dependiendo del contexto en que se encuentre) es la que conduce a la muerte: *la noche envuelve/ a los guerreros moribundos*. La hermosura de la naturaleza representada en los primeros versos por bosques otoñales, llanuras esplendorosas y lagos azules, se corrompe y deteriora con las armas destructoras creadas por el hombre. La segunda parte del poema está presidida por el color rojo, un frecuente símbolo en Trakl de aquello que está en camino a la extinción, atribuido a la noche que esconde a un *dios colérico* y, de nuevo el rojo, a la *sangre derramada* de los combatientes. Toda esta simbología se precipita a un fin único pues: *todos los caminos desembocan en negra podredumbre*. Es decir, el poder corruptor de la muerte lo abrasa todo.

Pero, a partir del verso 11, vemos aparecer la figura de la hermana paseando por un paisaje que, virtualmente, ha cambiado, pues luego de la podredumbre de la muerte y de su perversión, el paseo de la hermana se realiza bajo un áureo prestigio; el color dorado es en Trakl la representación del esplendor; además, las estrellas, que poseen un resplandor plateado magnificado por su unión con el dorado, le otorgan a la presencia de la hermana un carácter sobrenatural, más aún cuando nos enteramos de su ausencia pues es sólo su *sombra* la que se muestra. Es sabido que fueron relaciones incestuosas las que unieron a Margarete y a su hermano Georg, y su imagen, a través de las figuras simbólicas, aparece en un buen número de los poemas de Trakl. En “*Grodek*”, la hermana surge como un ser que otorga purificación y calma, luego de tanto desastre, aunque la música que suena en su derredor sea sombría. El poema termina en un lamento, pues la llama del espíritu se ha alimentado de los seres que para Trakl simbolizan la pureza, los *no nacidos*. Pesa más, pues la corrupción y la muerte a las que la imagen entrevista de la hermana no puede aplacar. Este triunfo de la muerte terrestre, que obsedía a Trakl, es lo que parece haber perseguido al componer “*Grodek*” y “*Lamento*”, sus últimos poemas. El 27 de octubre de 1914 escribe a Von Ficker: “Te acompaño copia de los dos poemas que te había prometido. Desde tu visita al hospital estoy doblemente triste. Me siento ya casi más allá del mundo. Añadirla aún,

concluyendo, que en caso de muerte es mi deseo y voluntad que mi querida hermana Grete reciba todo lo que poseo en dinero y objetos” (4)

No es extraño pues, que la sobredosis de cocaína que ingirió Trakl, según el médico del hospital de Cracovia, que produciría su muerte el 3 de noviembre de 1914, se haya atribuido a un nuevo intento de suicidio. De ser esto cierto, la visión de la corrupción, que persiguió a Trakl durante toda su vida, habría triunfado convertida en muerte, pero quizá, quizá con: *el oro final de estrellas que se extinguen*. (5)

- (1) Georg Trakl. Presentation par Robert Rovini, Paris, Editions Seghers, 1964, p. 185
- (2) Georg Trakl. *Das dichterische Werk*. Munchen, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1974, pp. 94/95
- (3) Martin Heidegger. *Georg Trakl, una localización de su poesía*. En Georg Trakl. *Poesías*, Buenos Aires, Carmina, 2da ed. 1970, p.8
- (4) Georg Trakl, op. cit.,p. 186.
- (5) Georg Trakl. *Das dichterische Werk*, (“An den Knaben Elis”) (“Al niño elis”), p.50

Revista **Eco** Nro 209, marzo de 1979Bogotá